



"OYE TU VOZ..."

de Gabriel Espinosa

El espejo umbral de dos mundos, el cotidiano y el otro. Ese que se abre tras él, poblado de fantasmas, imágenes sueltas, recuerdos fallecidos por olvido. Un mundo que al atravesarlo nos despierta secretos dormidos en el tiempo. Lo cotidiano no será nunca más aquello que creíamos era.

A partir de la división del espacio escénico sugerida por el objeto espejo (marco de) se crearan dos zonas: una la zona de lo cotidiano, la zona de este lado del espejo; otra zona la de lo oculto desconocido o inconsciente, la zona del otro lado del espejo. El personaje, joven cuyos orígenes aparentan regularidad, percibe otras posibilidades. La pregunta lo lleva al otro lado del espejo. La diferencia del lado interior del espejo, con "otros" interiores de espejo, tal vez el de jóvenes cuyas vidas no llevan los estigmas de quienes hoy nos convocan, esta dada en las imágenes que encierra la zona interior del espejo.

La visita al interior del espejo le permite mirar y ver lo cotidiano desde otro lugar. La anécdota encierra signos que nos permiten recrear nuestra historia.

PRETEXTO TEATRAL

Cámara negra. Izquierda y derecha las del actor. En el centro de la escena un espejo (marco de). Al fondo a la derecha un sillón. Un poco más atrás, el marco de un cuadro grande vacío. Contiene, supuestamente, la fotografía de un grupo familiar. Los objetos descriptos serán de color celeste. El resto del espacio vacío.

ESCENA 1: Lo cotidiano

El joven regresa a su casa enojado por dar un mal examen en la facultad, lleva puesto un saco azul oscuro, jeans de color celeste claro y una camisa blanca. Carga carpetas de estudiante. Deja las carpetas, y el saco. Pone música. Se tira sobre el sillón, se distrae escuchando música. Baila, se detiene frente al espejo. Juega con su imagen. Algo lo atrae del enigmático fondo del espejo.

Un rasgo de su rostro se le presenta indagándolo.

La atracción es profunda.

Gira hacia el cuadro, observa el grupo familiar, se observa en el espejo.

Se acerca al cuadro y observa con detenimiento el grupo familiar. Encuentra diferencias físicas.



Una fuerza comienza a tirar de él en dirección al espejo. Lucha contra ella. La fuerza puede con él y lo lleva dentro del espejo.

ESCENA 2: El interior del espejo.

Dentro de la zona interior del espejo. Sonido de cristales al romperse. El joven de pie en la zona interior del espejo. El sonido de los cristales que se parten toma distintos tonos e intensidades. El cuerpo del joven refleja una ruptura similar. Su cuerpo siente el dolor de otros cuerpos, un dolor impuesto. El cuerpo habla de aquel dolor que no conoce: La tortura. El cuerpo del joven sobre sus espaldas acostado en el piso.

Desde el lateral izquierdo un par de brazos dejan caer agua (Rollo de franjas de tela de color azul, celeste y blancos) desde un balde.

Nota: el balde será manipulado por otro interprete. El personaje central interpretara los otros personajes, la escena transcurre en un juego en que el personaje toma a los otros y los deja arbitrariamente según las necesidades de narración.

El bebé con la espalda apoyada en el piso mojado llora.

Los hilos de agua tomados por las extremidades del interprete y los movimientos de este nos sugieren un feto dentro del útero.

El balde en la cabeza, los hilos de agua como cabellos, la madre con un puñado de cabellos limpia el piso, atiende la presencia de su hijo y el movimiento de quienes la vigilan.

La madre acuna al hijo, le canta una canción de cuna.

La madre forcejea por el hijo. Se lo quitan.

De espaldas al público un cuerpo es fusilado y continúa, tras un breve transito, bailando la fiesta del fútbol.

El interprete agita el balde y los jirones - hilos de agua, como una vieja bandera hecha pedazos.

El balde cae al piso. El joven se mira en el espejo del agua.

Encuentra su verdadero rostro, se lava en un rito de redención. Mientras se lava una llama de fuego sale del balde. Se lava los pies en esa agua.

El cuerpo lo regresa a la zona de lo cotidiano.

ESCENA 3: Lo cotidiano era otra cosa.

El joven ya en la zona de lo cotidiano pasa de un lado a otro, asegurando la veracidad de lo experimentado. Se acerca al sillón, toma el saco y lo coloca tapando la imagen del cuadro.

Mira la imagen en silencio.

Apoya la cabeza sobre el hombro del saco como si lo hiciese sobre un padre. Cruza el brazo del saco sobre su hombro y vuelve a apoyar la cabeza. Embargado por la ternura,



acaricia la figura, busca la textura de un supuesto rostro. Intenta tocarlo. No lo consigue. Ese rostro, no está.

Algo lo atrae del bolsillo superior del saco. Saca e infla un globo blanco. Lo coloca en el lugar donde iría la cabeza. Mira el globo, deja que se desinfle y se hace eco del dolor que su propio acto le provoca.

Infla el globo, deja que este se desinfle y vuelve a inflarlo, una y otra vez, como si su dolor encontrase un fin en esa actividad en apariencias inútil. Los movimientos de su cuerpo y el del globo al ser inflado nos sugieren el de una tela flameando al viento.